

dad en el lenguaje y precisión en los conceptos que se quieren presentar. Imágenes boscosas, traídas como de un recuerdo que prácticamente no ha existido pero que en realidad está ahí, ya que en cualquier momento el suceso puede materializarse y producir la evocación y por ende la reconstrucción del pasado.

El reloj de Bagdad, primero de los cuentos de *Los altillos de Brumal*, es una pieza literaria donde la fantasía hace de materia prima, aunque lo fantástico sólo aparece al final de la narración, convirtiéndose en la parte esencial del mensaje. Evocaciones de la niñez en una casa de familia acomodada que se permite el lujo de tener dos criadas, hermosos ángeles de la guardia de la prole; fulgor de senectud que guía los primeros años de las criaturas que, embelesadas, asisten a los relatos terroríficos, a los diáfanos cuentos de hadas que pueblan el repertorio de las dos mujeres. Son seres como de la familia, sentimiento que en una ocasión le confiesa a una de estas ancianas la niña protagonista. El concepto de criadas nada ni nadie se encarga de recordar; es algo accidental, aleatorio, está ahí pero mejor es olvidarlo, no vaya a ser motivo de culpabilidades, de autorreproches innecesarios. Un día el padre compra una preciosa antigüedad. Es un reloj construido en Irak hace muchos años para un cliente europeo y que por supuesto, hace las delicias de la casa. El reloj no causa el mismo impacto en las dos ancianas quienes se retraen continuamente hacia la pieza y hasta se niegan a limpiarla. Poco a poco el reloj se convierte en el centro de la vida familiar, pero desde dos perspectivas diferentes. Al cabo de vuelta de un viaje de los padres, una de las criadas huye de la casa pretestando la enfermedad de una hermana y la otra, muere al poco tiempo. En la casa empiezan a suceder cosas extrañas, como sacudida por duendes y espíritus burlones. Una noche se declara un incendio que pone a la familia en la calle; se sucede una explosión, que viene del reloj, y a continuación unas carcajadas diabólicas que le explican a la pequeña protagonista todos los extraños fenómenos que se han venido sucediendo.

Aunque todo esto suene a literatura misteriosa, así a secas, y gratuitamente, no debiera tomarse con la acepción ligera que en estos casos se acostumbra. El misterio viene como un elemento más, pero para dejar a todo el tema en suspenso, elevarlo y dejarle allí en espera que algo le derribe y traerlo de nuevo a una realidad en el fondo innecesaria, pues la realidad concreta vendría a empañar la luminosidad total que la autora se esfuerza en mantener a lo largo del relato.

Los otros tres cuentos de esta entrega guardan similitud con el anteriormente comentado. No le son inferiores en magia, profundidad ni elegancia de estilo. Vuelve el misterio como elemento primordial, pero se mantiene el ágil ejercicio en tanto como norma que se impone la autora. En *El hemisferio Sur*, una escritora es poseída por una extraño medium que le obliga a transcribir toda la obra que está materializada por la protagonista y que ésta descubre en azaroso episodio que le obligará a poner fin a sus días. Acude a un amigo, antiguo compañero universitario y empleado en una editorial, dado que se trata de un escritor, no frustrado, pero sí ante la tortura que produce el folio en blanco y el cerebro atrapado por maravillosas ideas que nunca logran concretarse en literatura.

Los dos últimos relatos, *Los altillos de Brumal* y *La noche de Jezabel*, siguen, por supuesto, la tónica de los trabajos anteriores. Apenas pequeñas variaciones en la construcción semántica, pero el ritmo y la intencionalidad creativa se mantienen, logrando que todo el volumen sea una sola obra, como si de una novela se tratase, y los cuentos capítulos en los que la autora se permite cambiar los nombres de personajes y escenarios. El lector retoma enseguida el hilo intencional y en los intervalos que desee establecer, podrá recordar pasajes de la narración anterior y verá cómo la imagen es la misma y que es conducido hacia la propuesta meta de principios del libro.

Salvador Maldonado: *...mamita mía, tirabuzones*⁵

No se sabe con qué intención Lola Salvador Maldonado, prescinde del *Lola* al firmar su excelente novela. El que escribe esta reseña no lo entiende en absoluto, y menos aún al leer el libro y ver que quien protagoniza la obra es una mujer.

Autobiográfica, como fácilmente se desprende de las frases anteriores, *...mamita mía, tirabuzones*, es la de una niña que en la posguerra recuerda a su madre y entreteje estas evocaciones con los desagradables recuerdos de la guerra civil española, pero que sin embargo trae de forma amena a la novela.

Recuerdos desde la casa de Madrid, una enorme finca que dieciocho habitaciones, en donde funciona una empresa de modas y en la que trabaja un ejército de modistillas, que tanta literatura y leyenda han prodigado. La niña asiste a un colegio inglés, y es hija de republicanos que milagrosamente han salvado el pellejo. Es una criatura precoz, que habla de política, se interesa por el sexo de Dios. Discutse entre las mujeres de la plantilla, convirtiéndose en la mascota y hasta en la cómplice para todo tipo de suertes, con la morbosidad que otorga ser hija del patrón.

Parte de esta fuerza le viene dada de su amistad con la más joven de las aprendizas, catorce años, «hace dos que *es mujer*»; hija de una prostituta que murió en los avatares de la guerra. Esta la adiestra de quiénes fueron los *rojos* y quiénes los *azules* y de las milagrias de ambos: desmanes y mil tropelías que no impresionan en absoluto a la cándida oyente, sino que todo lo contrario, le documentan positivamente y le forjan una personalidad que no tiene ningún empacho en demostrar a la primera oportunidad.

La novela gravita todo su peso argumental en la amistad entre la pequeña protagonista y su madre, amistad que irá más allá de la muerte de la segunda. Es un recuerdo continuo, evocación de la desaparecida, diálogo con el espectro en todos los momentos de la vida. La madre muerta es Dios, el Dios en que la atea niña no cree, ya que al faltarle una explicación racional, acude como todo ateo, a la invención de otro Dios que suplante al oficialmente impuesto.

Existe un pulso entre racionalidad y ficción que Lola Salvador Maldonado, mane-

⁵ Planeta. Barcelona.

ja a la perfección. El tema de la novela caería en la vulgaridad ya que es mercancía al uso y la narrativa que tiene como arquetipo la guerra civil comienza a flaquear de originalidad. Todo el mundo tiene algo que decir al respecto, aunque no lo haya vivido y tenga de ello una idea abstracta, o concreta a medias. El todo es referirse a *eso*, una obligación en todo español que haga literatura en estos tiempos en que se pasan cuentas y se exige el encuentro de culpables y la exhibición de cabezas sangrantes clavadas en la pica vengadora. De ahí el peligro a que están sujetas la mayoría de las obras que tratan de las vicisitudes bélicas; no ocurre lo mismo en ...*mami-ta mía, tirabuzones*, pues, como ya se ha dicho, el diálogo de fondo se mantiene y viene en auxilio de la obra cuando el relato del episodio histórico empieza a desgastarse.

Con el poético título de *Espíritu del Aire* la protagonista rellena la ausencia del Dios oficial y es este el ente que viene en su auxilio. *Espíritu del Aire* es como una Dulcinea que asiste a la quijotesca figura de quien nos habla y quien en todo momento está necesitada de ayuda, pues la vida se le complica a cada recodo, los apoyos fallan en el aire y ahí mismo tiene que asirse del espíritu que ha creado. El recuerdo de la madre muerta no alcanza para tanto, apenas para la evocación afortunada, y de cuando en cuando se transforma en deidad, pero más parece una ayudante del *Espíritu del Aire* que la suplantación definitiva.

Un día la vida se transforma por completo. La familia vende el caserón madrileño, pues no pudiendo más el liberal y ambicioso padre soportar la esclerotizada España de aquellos tiempos decide partir hacia el progreso, la cultura y la justicia. Lo más lejos posible debe de encontrarse aquello. En el sitio más rebuscado del mundo. Nada menos que Australia, tierra de la que se tiene una idea ambigua en cálculos reales, pero que se intuye prometida.

Parte la familia con rumbo Cádiz, última parada y fonda antes de atravesar tan inmensos mares en busca del progreso. La niña apunta a la edad en flor, está próxima a *hacerse mujer* y a todos encanta su sabiduría, su exquisita-educación británica, aquellas cosas que sólo pueden darse en Madrid. No se entiende por qué, pues, esta familia abandona España. Andalucía vive ya su estancamiento, el desarrollismo no prodigó sus mieles sobre la Bética, el señoritismo se enseñorea aún más de todas las cosas y allí sólo quedan el folclorismo barato, la clientela de capillas y catedrales y el afán de la emigración, única forma de concebir el porvenir. La familia de maras, en su ansia de respirar nuevos aires, encaja a la perfección en el conjunto.

Pero viene un contratiempo definitivo: mueve la madre y el viaje se trastoca por completo. Si la novela ha dado un vaivén por otros derroteros, con este amargo episodio retoma su sentido, su vitalidad máxima, ya que de nuevo la figura de la madre cobra entidad divina, casi diríamos, mítica. La niña es recluida en un convento, en contra de la norma de conducta que cabría pensar del padre. Entonces el mundo se detiene por completo, la vida entra en una dimensión, más que desconocida, irreal y fantasmagórica. Apenas puede creerse lo que ha sucedido, pero los hechos están ahí, con toda su carga de emocionalidad y crudeza. La niña, no es que se adapte

a su nueva vida, sino que la soporta con rabia contenida, alimentada por la nunca aceptación de la muerte de la madre. Para ella está viva y como con el *Espíritu del Aire*, dialoga, discute y consulta sobre la sorpresa hecha vida que como un manto la arropa con rabia.

En medio de un curioso lance se *hace mujer*, pero el hecho físico de la menstruación apenas la inmuta por la idea concreta que tenía del fenómeno. Lo que más parece sorprenderle es su poca perplejidad ante lo que acaba de sucederle. La amistad con otra de las internas del convento le proporciona la ocasión propicia para fugarse de él. Aquí termina la novela, con ese final, así, en suspenso, susceptible de cualquier interpretación que le quiera dar el lector.

Alejandro Gándara: *La media distancia*⁶

La gloria y la fama, esas dos dimensiones brumosas que desde siempre han obsesionado al ser humano, pesan como una losa en el alma de *el Charro*, un atleta, protagonista central de la novela *La media distancia*, del escritor santanderino Alejandro Gándara.

Privaciones, sacrificios, todo el borrascoso camino que lleva a la gloria, se convierte en nada una vez que se han conquistado los máximos galardones y nace el compromiso consigo mismo de mantener lo ganado. El mundo exterior parece desaparecer o cobrar una atonía en comparación con el calvario interno que se empieza a vivir. ¿Qué es haber llegado? O mejor, ¿para qué se ha llegado? Estas dos preguntas resumen la incógnita y el desvelo actual que tortura a *el Charro* para quien el mundo comienza a ser una habitación extraña en la que más que incómodo, se siente prisionero. Pero por otra parte la obligación de continuar, de perpetuar lo que genéricamente se conoce como consagración, es la cadena que con más fuerza le oprime y a cuyo vínculo no consigue sustraerse. Porque abandonarlo todo así, de buenas a primeras, sería una traición a sí mismo, a «diez años de kilómetros y yagures», y a quienes de alguna forma o de otra han confiado en él y le han ayudado. Porque en los triunfos, por muy personales que sean, no sólo ha concurrido el vencedor con toda su carga de humanidad, sino toda una cohorte, a veces anónima, que a la postre se revela como copartícipe, victoriosa adjunta, no menos épica y gloriosa.

Pero donde la prisión que encarcela a *el Charro* se cierne más oprobiosa y ruin, es en la soledad. *El Charro* está solo. Y lo peor es que nadie repara en ello, pues sería de lo más inverosímil el sólo plantearse semejante hipótesis. Aunque la asistencia de entes físicos próximos a él no se revele de forma directa, el caso contrario tampoco nos daría como resultado un *Charro* justamente acompañado y feliz. Desde niño fue uno de esos seres introvertidos y claramente huraños. Lo que no quiere decir que estas personas tengan demasiado contra el mundo ni contra quienes lo habitan. Simplemente poseen un mundo interior más rico en imágenes e ideales,

⁶ Alfaguara. Madrid, 1984.